

DOMINGO TERCERO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 2, 14.22-28): **Os hablo de Jesús Nazareno.**

Salmo (15, 1-2a y 5.7-8.9-10.11): **«Señor, me enseñarás el sendero de la vida»**

2ª lectura (1ª Pedro 1, 17-21): **Tomad en serio vuestro proceder en esta vida.**

Evangelio (Lucas 24, 13-35): **Quédate con nosotros porque atardece.**

Todos conocemos experiencias de decepción y de fracaso. Son proyectos rotos, crisis familiares, dificultades profesionales, enfermedades, falta de recursos... que van ensombreciendo la vida de muchas personas. Jesús tuvo una cercanía especial con quienes pasaban por estas situaciones. Un encuentro con Él inauguraba un segundo capítulo en sus vidas: enfermos curados, hambrientos saciados, pecadores convertidos, corruptos arrepentidos, etc. Muchos volvían a sus antiguos oficios, a sus mismas familias, a sus mismas realidades... pero transformados.

La cruz y la muerte de Jesús genera en sus discípulos una fuerte experiencia de fracaso. Ha muerto. «Nosotros habíamos confiado en Él... pero todo ha terminado». Aquello dejaba poco lugar para la esperanza. La reacción es: decepción, miedo al presente, lágrimas, retorno al pasado, incredulidad... Y una pregunta: ¿A partir de ahora qué? El camino de Emaús se convierte en una parábola de conversión, se trata de volver a empezar, toda una reiniciación (o reinsertión desde los márgenes del fracaso)... una nueva orientación.

Cuando los discípulos solo veían muerte, van a comenzar un camino especial: El sendero que va de la noche al día, de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida, de la soledad a la comunidad, del desencanto a la esperanza. Tras la puerta de la muerte de Jesús, hay vida... y vida en abundancia. Les costó reconocer al Resucitado; pero cuando lo hacen, descubren una nueva perspectiva a todo lo que habían vivido con Jesús.

Nosotros también estamos invitados a realizar ese camino... y a ayudar a que otros lo recorran. Es parte fundamental de la misión de la Iglesia; acompañar de las tinieblas a la luz. Somos «el pueblo de la pascua». No siempre es fácil ni evidente recorrer este camino. El primer paso es acercarnos a los bordes del camino, transitar los caminos del fracaso, aproximarnos a quienes han perdido la esperanza, estar al lado de las víctimas del mundo.

No es fácil, pero es nuestra misión y estamos invitados a redoblar los esfuerzos para que nadie quede sin compañero de camino, para que nadie sienta que tiene las puertas de la Iglesia cerradas. Como los de Emaús, muchos necesitan alguien que camine junto a ellos... de las tinieblas a la luz.

Hay experiencias de la vida que endurecen el corazón e impiden mirar con claridad al futuro. Son situaciones de fracaso y sufrimiento. La cruz del viernes santo se perpetúa en la historia y en las historias de personas, familias y pueblos enteros. Muchos caminan con pocas oportunidades de esperanza, sentenciados a vivir bajo la sombra de la cruz. Disgustados, sin esperanza... son las víctimas de la cruz.

Los caminos “de vuelta” están demasiado transitados. Emigrantes que regresan fracasados, a sus lugares de origen; jóvenes que vuelven, sin ilusiones, junto a sus padres; familias rotas y sin ilusión, decepcionadas; profesores que viven su trabajo con monotonía, sin pensar en las personas; ancianos y enfermos que, olvidados, recorren su particular camino de la cruz. En el camino de Emaús, ayer y hoy, es difícil reconocer los signos de vida y esperanza.

En este camino los dos discípulos van a “ver” a Jesús resucitado. Es un nuevo horizonte. Los dos caminantes solo miraban la muerte y la cruz. Sin embargo, progresivamente, van a “ver” a Jesucristo resucitado. Un camino que va de la oscuridad de la muerte a la luminosidad de la Pascua. No es un cambio evidente, ni inmediato, tampoco se trata de una imposición. El proceso de fe es un camino personal, único y libre.

Reconocer a Jesús resucitado aporta una nueva mirada. Ahora es cuando entienden la vida y las palabras de Jesús. Ahora sienten la importancia de la comunidad. Ahora viven la cena con Jesús como un signo de su presencia permanente. Junto a ellos estaba el Señor resucitado. Junto a nosotros está el Señor resucitado y, en muchas ocasiones, no lo reconocemos.

La Iglesia es la comunidad de la Pascua que, convocada en la Resurrección, camina junto a los que recorren caminos de decepción, crisis y pobreza. Los cristianos caminamos como Jesús, junto a quienes viven en tristeza y oscuridad. Para llevar la palabra y el consuelo de Dios, para anunciarles que Él camina a su lado, y para ayudarles a salir del camino de su oscuridad.

Estamos en el tiempo de la pascua, un tiempo de anunciar la presencia y la vida que viene de Dios. El tiempo de expresar con acciones la esperanza y la vida que Jesús predicó. Él sigue vivo, Él camina a nuestro lado. Él nos envía a ser testigos de resurrección y de vida junto a los que sufren.